

Mapoteca: reseñas en perspectiva

CATALEJOS

CATALEJOS

Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños.

Sólo puede escribir quien sabe leer la vida. Sobre Buenas palabras, malas palabras de Ana María Machado.

POR LUCÍA COUSO Y ROCÍO MALACARNE

Machado, Ana María

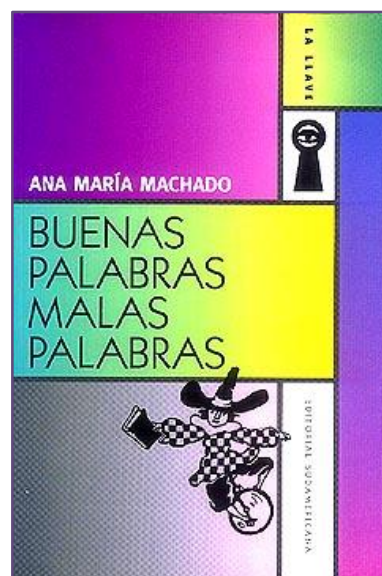
Buenas palabras, malas palabras

Buenos Aires

Sudamericana

1998

132 págs.



Sólo puede escribir quien sabe leer la vida. Sobre Buenas palabras, malas palabras de Ana María Machado.

Lucía Couso¹

Rocío Malacarne²

Entre 1998 y 2003, la editora Canela dirigió en Sudamericana la colección La Llave de ensayos sobre temas relacionados con el campo de la literatura infantil. La colección

¹ Profesora en Letras (Universidad Nacional de Mar del Plata). Ayudante graduada en la cátedra Didáctica especial y práctica docente del Profesorado en Letras (UNMDP). Coordinadora editorial de la revista Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños. Contacto: luciabelencouso@gmail.com

² Profesora en Letras por la UNMDP, donde desempeña tareas de investigación y docencia (Depto. de Ciencia de la Información). Docente de Prácticas del Lenguaje y Literatura en Nivel Secundario. Socia de Jitanjáfora, Redes sociales para la promoción de la lectura y la escritura.

comenzó en 1998 con la publicación de *Mujercitas ¿eran las de antes?* y otros escritos de Graciela Cabal y culminó en 2003, con la publicación de *Literatura infantil. Creación censura y resistencia* de Graciela Montes y Ana María Machado. En esta reseña nos ocuparemos de analizar el libro que Ana María Machado publicara en solitario dentro de la colección, *Buenas palabras, malas palabras* (1998). La compilación de conferencias en intervenciones en eventos relacionados con la literatura infantil y la lectura es una pieza clave de la colección, porque reflexiona sobre la carga ideológica de los textos y las prácticas de lectura que movilizan los cambios dentro de este campo literario, temáticas que abordarán también el resto de los libros que conforman la colección.

Ana María Machado es reconocida, al menos en Argentina, más como escritora de literatura para niños que como profesora, ensayista o periodista. Como expresa Graciela Montes en el prólogo del libro, es difícil imaginar cómo una discípula de Roland Barthes y Umberto Eco terminó interesada por la literatura para niños. Sin embargo, una buena forma de responder esta pregunta la ofrece este libro: una muestra de su forma de leer la literatura infantil, las prácticas de lectura, una forma también de posicionarse dentro del campo de la literatura contemporánea. A pesar de que el libro cumplirá 20 años en el 2018, su actualidad permanece intacta, no solo en los artículos referidos a la ideología o los usos del lenguaje en la literatura para niños, sino también en los textos donde aborda la tecnología y las nuevas formas de leer como tema.

El lector, la lectura, el autor

Buenas palabras, malas palabras se construye como una serie de conferencias e intervenciones que leídas a partir de la unidad que propone el libro son una reflexión sobre la literatura y su lugar en las prácticas sociales y la vida del hombre gracias a la capacidad del autora de “no aislar la fantasía de lo real” (Montes, 1998, p. 9) en su discurso ensayístico.

Su pensamiento crítico y teórico está anclado en prácticas sociales y en su propia biografía. Un ejemplo de ello es el trabajo “Buenas y malas palabras en los

cuentos para niños” que abre el libro, originalmente presentado en 1994 en el marco del I Congreso Latinoamericano de Literatura infantil y juvenil. En este artículo desarrolla sus hipótesis sobre el poder transformador de la palabra en la literatura, pero también en la vida. Propone que el niño como lector de literatura infantil es consciente del poder mágico que poseen las palabras: “Salvo en ese género, muy raro es el lector capaz de acreditar que un conjunto de palabras tiene poderes para mover parte de una montaña, transformar una piedra en una puerta y revelar tesoros incalculables en su interior...” (p. 13)

Para explicar la función de las palabras y su poder en la vida acude a una anécdota personal sobre su hijo que desencadenó, posteriormente la escritura de su libro *Palabras, palabritas y palabrotas*. En el cuento, una nena se pregunta sobre el sentido y función de las palabras e intenta comprender los usos del lenguaje en el mundo de los adultos que se contradicen constantemente. La protagonista, que está por tener una hermanita, aborda los conflictos que eso conlleva desde el lenguaje: cuando habla, cuando deja de hablar, y cuando vuelve a hablar en el encuentro con su hermana que abre la posibilidad de juego y complicidad a través de sus balbuceos.

La problemática en torno a la literatura infantil se trabaja desde la teoría, pero también desde la anécdota personal para explorar una temática desde su experiencia como escritora que aparece ligada a su vida cotidiana. Esta forma de escritura reaparece a lo largo de los ensayos y deja al lector con una sensación de cotidianidad respecto de los usos del lenguaje, de las formas de apropiación que tenemos, gracias al lenguaje, de nuestra vida literaria, pero también del poder transformador de la literatura en tanto arte y la responsabilidad de los escritores. En consecuencia, también construye una imagen de escritor, la suya propia, arraigada a la vida y a su propia experiencia como lectora.

En los ensayos “El libro. De la letra a la lectura” de 1993 y “El oficio de escribir para niños” (1981) desarrolla sus ideas en torno al rol del autor y el lector en los procesos de lectura y escritura. Expresa, siguiendo las ideas teóricas de Roland Barthes, la importancia de que existan lectores que sean capaces de, en la lectura, escribir su propio libro a través del escrito por el autor. Esta idea le permite, entonces, establecer una teoría sobre el autor:

no hay cómo negar que mejor autor será aquel que mejor sepa leer los libros potenciales de todos los lectores y ofrecerles más posibilidades de reconocerse en su obra. El mejor autor será el que mejor sepa leer el mundo y los hombres, las creaciones de la naturaleza y la cultura, el espacio y el tiempo. Sólo puede escribir quien sabe leer la vida. (p. 25)

El acto de escribir para Machado es una forma de expresión, palabra que etimológicamente es “una forma de echar hacia fuera la presión que puede explotar dentro de uno.” (p. 31). Escribir conlleva para Machado una responsabilidad, cierta fidelidad con ella misma y su cultura. Y en esa responsabilidad, ella ve la capacidad de un escritor de llegar a lectores diversos y escribir una literatura potencialmente universal.

También reflexiona sobre la literatura como hecho cultural y la influencia del mercado editorial y el mundo académico en la conformación de la literatura infantil como género. Manifiesta la importancia de discutir sobre libros y niños en términos sociales que no dejen de lado los modelos económicos, éticos y morales que los libros y las formas de leer que proponen. Expresa la importancia de diferenciar la literatura que tiene fines pedagógicos o educativos de la que espera lectores activos y creativos.

La ideología del autor y la ideología del lector

Si los niños no leen más que los libros más habituales, de los autores y culturas más habituales, y de los editores más habituales, algo faltará en su régimen alimenticio: se volverán más débiles y susceptibles de caer intelectualmente enfermos. En cambio, si un libro empieza a discutir con otro, el que gana es el lector.

Ana María Machado

En su Conferencia de 1994 para el 24° congreso mundial de IBBY en Sevilla, “Ideología y libros para niños” expresa, siguiendo a Camus, “la ideología no debía formar parte de las intenciones del autor en el acto creativo, sino de las experiencias vitales del artista.” (p. 39)

Analizaré la aparición del niño en la sociedad para dar cuenta de las mutaciones en torno a la idea de infancia y del niño a lo largo de la historia. Desde el momento en que los niños compartían los espacios con los adultos hasta la aparición del sentimiento moderno de infancia y los cambios actuales que han establecido una relación empática y menos asimétrica entre los niños y los adultos. A partir de esta reflexión daré cuenta de la ideología que llevan los libros consigo y cómo, en tanto lectores, somos capaces de leerla o no. Es decir, la ideología no es algo puesto intencionalmente en el libro sino que surge, se escribe en la lectura. Para dar cuenta de esta hipótesis recurriré otra vez a una anécdota personal:

Siempre me habían encantado los cuentos de *Las mil y una noches*, uno de mis libros favoritos desde muy pequeña. (...) Lo leía y releía (...) De mayor, sin embargo, no volví a releerlos hasta hace dos años, y cuando lo hice, me quede muy sorprendida del contenido racista y sexista. ¿Había cambiado el libro? No, era yo la que había cambiado. Y cambié porque cambió la sociedad. Probablemente si alguna persona de origen africano hubiera leído el libro entonces, a la luz dolorosa del trato vergonzoso que su gente había sufrido por siglos, con otra sensibilidad de cómo eran las cosas, hubiera localizado sin duda, todos los pasajes repugnantes sobre los esclavos negros que en mi nueva lectura no pude soportar. (p. 43)

Machado propone que los lectores debemos familiarizarnos con textos y contextos diversos porque eso ampliará nuestra capacidad de lectura crítica. La pregunta sobre lo que deberían leer los niños es una pregunta obsoleta si analizamos con lupa grandes clásicos como *Pipi Mediaslargas* (1945) o *Robinson Crusoe* (1719). Lo que propone Machado es que nuestras preguntas en torno a la literatura tienen que virar del qué leer al cómo leer. Y la respuesta consiste en convertir toda lectura en una lectura crítica, promocionar la lectura de toda clase de libros y no sólo la de un tipo de libro determinado. Cuando acercamos a los lectores libros basados en criterios de calidad, el lector recibe una “recompensa inesperada” (pp. 55). El lector descubre que puede elegir más allá del mercado editorial y pueden contactarse “...con la instintiva energía e invención que fundamentan cualquier obra de arte” (p. 55)

El texto “Lectura e ideología” (1996) retoma las ideas anteriores y propone convivir críticamente con lo ideológico y concientizar el ejercicio permanente de la razón y el pensamiento. De esta forma, como lectores, no caemos en el intuicionismo

actual relacionado con la actitud pasiva que imposibilita la discusión por constituirse en base a supuestos absolutos e infundados sobre la realidad.

La propuesta de este texto es poner el foco sobre el lector en relación a la ideología de los textos, lo que Machado llama la “ideología del lector” (p. 64), es decir, la carga que el lector trae al acto de leer. Tanto lo escrito como lo leído están atravesados por procesos ideológicos que proponen una idea del mundo. El libro que es capaz de conservar su potencial literario, su polisemia, es aquel que ha sido creado en base a una originalidad no estereotipada y encontrará lectores generosos que puedan “hacerlo dialogar con muchas otras obras, con visiones del mundo enriquecidas por la pluralidad y la aceptación democrática de creencias.” (pp. 70-71)

Señala:

los libros subversivos pueden ser leídos por adultos a los niños como si fueran lecciones de conformismos, transformados en fábulas con moraleja. Los libros conformistas y autoritarios pueden leerse como ideales y deseables para formar una generación sumisa. Los libros inteligentes, irreverentes y deliciosamente inventivos pueden ser leídos como una tontería, o censurados como políticamente incorrectos, en estos tiempo de tan poca sutiliza y tan poca lectura. (65)

Machado desarrolla esta idea a partir de un análisis de las lecturas que recibió su cuento *Niña bonita* (1995), y también explica la génesis de ese cuento arraigada a su propia experiencia. El ejemplo es propicio a los fines de la argumentación porque da cuenta de que, efectivamente, la carga que trae el lector, su ideología y forma de leer el mundo, puede transformar el contenido ideológico de una historia. La ideología del autor se borrona y las diferentes lecturas que proponen los lectores, diametralmente opuestas entre sí, construyen la ideología del texto, es decir, muestran la ideología del lector.

La democratización del libro... y de la lectura.

El lector que sabe que siempre puede correr al encuentro de la lectura como una fuente secreta e inagotable, que respeta generosamente su libertad individual y no le cobra nada. El lector para quien los libros no se dividen en de moda o fuera de moda o fáciles o difíciles, sino simplemente en los que lo atraen o no, capaces o no de vivir dentro de sí.

Ana María Machado

Uno de los problemas actuales en torno a la lectura de literatura es la calidad de los libros que el mercado y los mediadores acercan a los lectores. Machado intuye que el acceso al libro no es sinónimo de la democratización del libro. Se confunde la cantidad de libros existentes en el mercado, con posibilidad de acceso. Este cuestionamiento sobre lo que leemos y cómo lo leemos atraviesa todos los textos recogidos en este volumen ya sea cual fuere la temática general que se esté abordando, pero este es el tema principal de "¿Vamos a pasear por el bosque?" de 1995.

El ensayo se construye como una defensa a la literatura como arte. Problematiza y diferencia, entonces, la cantidad y calidad de los libros impresos que permiten creer, ilusoriamente, en un mundo democrático de información accesible. En este punto, discute sobre la calidad estética de los libros impresos y los lectores, existentes o no, para esos libros: "No es posible que haya lectura para todo lo que se publica, como mera mercancía descartable, destinada a un consumo inmediato y efímero." (p. 93). Observa en el sistema la perversidad de delimitar a los lectores, es decir, intuye que las personas que accederán a los libros desde una mirada creativa, crítica e independiente están delimitadas por un sistema perverso que excluye y relega a otros ciudadanos a "leer solo manuales de instrucciones, información inmediatamente utilitaria, juegos, esoterismo, autoayuda, chicle mental que no aporta nada al espíritu" (p. 80). Machado observa un proceso de exclusión de las grandes masas que implica una censura de la literatura (cualquier literatura) en la vida de los lectores producto de la falacia de la democratización del libro y del desinterés del estado por crear y sostener lectores.

En sintonía con el ensayo anterior, "Lectura, libro y nuevas tecnologías" (1997) ofrece un análisis de los cambios en las formas de leer que aparecen con las nuevas tecnologías. Machado expresa que "Nunca se leyó tanto como hoy. Pero nunca se dejó de leer tanto como hoy..." (p. 99). La pérdida de la noción vertical del tiempo hace que como lectores olvidemos que pasado, presente y futuro dan sentido a los hechos y dan lugar a la palabra creadora y transformadora. Expresa que a lo largo de la historia siempre han cambiado las formas y los soportes de lectura, pero que la literatura como

arte encarnado en la vida ha sobrevivido. Pone la esperanza en la supervivencia del lector que comparta sus dudas y perplejidades para dar sentido a la aventura humana, un lector que comprenda el poder de la palabra y sus infinitos mundos.

Desde su perspectiva, para que este lector sobreviva es necesario que se luche por la preservación del crítico como lector experto que nos ayuda a ubicarnos dentro de la cantidad de libros publicados. Tema que vertebra la conferencia “Acceso al libro, exceso de libros” leída en 1997 en el marco del 5° Congreso de Literatura Infantil y Juvenil en Córdoba, Argentina. Este texto es una defensa a la primacía de la expresión sobre la comunicación, al acto de crear por sobre el acto de producir porque “Seguir confundiendo libro con literatura sólo dificulta que se vean las cosas con claridad” (p. 115). Expresa la importancia de que no nos dejemos manipular ni rebajar ante las imposiciones del mercado, los medios, la publicidad, sino que seamos lectores que insisten críticamente en elegir lo que queremos leer. Como dice la propia Machado, “Más vale, en lugar de elegir las novedades que nos deja el mercado, preferir las eternidades que nos dejan marcados.” (p. 116)

En relación a esto, es interesante la anécdota que cuenta en el texto “La vocación del lector: lectura y resistencia” (1998) acerca de José, un empleado de un bar vecino a su Librería en Río de Janeiro. En la anécdota el joven le agradece a Machado su tarea de escritora de ficción y novelista. Le cuenta que había visto la película *El nombre de la rosa* (1986), y como no le había quedado muy claro el motivo de la fascinación de los personajes por los libros, decidió leer la novela. Esa lectura generó una serie de lecturas posteriores y el encuentro con Machado, quien le presentó a otros autores como João Guimarães Rosa e Italo Calvino. José “se entusiasmó con la idea de que la sociedad tiene personas que inventan historias y hablan por todas las otras personas que no las inventan, sino que las leen y se reencuentran en ellas” (p. 122). Esta anécdota permite expandir sus ideas en torno a la importancia de que los niños y los jóvenes en particular y los lectores en general puedan encontrarse con toda clase de libros, libros como *El nombre de la rosa* (1980) al que siempre se le adjudica cierto grado de dificultad.

De allí se desprende, la importancia de que los lectores tengan acceso a libros de otras culturas porque esas lecturas les permitirán comprender a los otros en sus

contextos particulares desenmascarando el sistema perverso que excluye voces diferentes. Machado asegura que no existe una dificultad de comprensión al leer libros que fueron escritos por otra cultura. Esa explicación se desprende del rechazo de los adultos por aceptar que otra cultura puede producir cosas interesantes. “...una actitud sólidamente establecida en la inalterable convicción de la superioridad etnocéntrica.” (p. 129) que se perpetuará en los niños que no se enfrente a textos diversos.

Machado arremete sobre la importancia de hacer de los niños lectores libres, críticos y creativos, lectores que resistan, que busquen y elijan “de la manera más libre posible, seleccionando el libro que prefiere y no el que le imponen.” (p. 132)

Referencias bibliográficas

Machado, A. M. (1998). Buenas palabras, malas palabras. Buenos Aires: Sudamericana.

Machado, A. M. (1987). Palabras, palabritas y palabrotas. Buenos Aires: Emecé.